VALENCIA.

Valencia es una de las ciudades de España que conservan mas recuerdos de la dominacion de los árabes. Aquellas calles angostas, tortuosas y sin empedrar; aquellas casas en cuya estremada blancura vienen á reflejarse los rayos del sol; los terrados cubiertos de tiestos; las ventanas de rejas y celosias; las puertas en forma de arco y pintadas de colores; los patios de mármoles y azulejos formando dibujos caprichosos, las torres de las iglesias polígonas é iguales por toda su altura, las murallas dentadas é interrumpidas por torreones, débiles defensas en el dia, formidables en otro tiempo; los nombres mismos de Guadalaviar, el Grao, Ruzafa, Zaydia, Almoina, Almodin, Alcudia, y otros puramente árabes que conservan aun las calles de la ciudad y los arrabales, todo traslada la imaginacion del forastero á una ciudad morisca, creciendo mas y mas su ilusion cuando mira sentados sobre sus piernas y á la sombra, á los altos y robustos valencianos de la huerta, harto ligeros de vestido, con sus calzoncillos cortos y anchísimos, sus sandalias, su cinto encarnado y pañuelo en la cabeza, por bajo del cual vienen flotando las largas melenas; coronando todo su trage con una manta de colores airosamente colgada del hombro como los *xaïques* berberiscos.

La vista del inmenso número de templos que descuellan en toda la ciudad y sus cercanías, los innumerables altares y retablos á todos los santos del cielo que adornan las esquinas y encrucijadas, los milagros de S. Vicente Ferrer representados en las fachadas de las casas en pintura, en escultura y por medio de los azulejos de colores, (industria favorita de aquella ciudad) y enriquecidos con sencillas descripciones y versos que enseñan al curioso que allí predicaba el santo, que aquí socorria una necesidad, que acá reprendia un delito, que allá obraba un prodigio; todas estas circunstancias harán conocer al forastero que se ha engañado en su idea, y que se halla por el contrario en una ciudad eminentemente católica, así como las fachadas antiguas y maltratadas de las casas nobles que por todas las calles se presentan á la vista sobre cuyas puertas se mira

«*Grabado en berroqueña un ancho escudo.*»

con morriones y cimeras, rótulos y emblemas misteriosos, le pondrán en conocimiento de que esta ciudad poéticamente religiosa, es tambien el punto en donde la nobleza hereditaria conserva mayor número de pretensiones.

En medio de estas circunstancias y del ardor del clima que parece infundir la voluptuosidad y el abandono, hay pocas ciudades que presenten el aspecto de vida y animacion que ofrecen las calles de Valencia. Todas las puertas son tiendas y talleres, á cuyos umbrales se ven trabajando infinidad de hombres y mugeres en toda clase de artefactos: apenas se puede dar un paso sin encontrar un corro de muchachas lindas como todas las valencianas, que estan cosiendo ó bordando, sentadas á la sombra en la misma calle, ó bien encuéntrase uno enredado en la trama de un telar de cordonero; cual canta al son del martillo ó de la sierra, cual rie y charla mientras teje sus esterillas de pleita que el invierno ha de vender en Madrid; esta borda delicadamente una guarnicion al compas de una *rondalla* á media voz, aquella suspende un momento su hábil aguja para mirar al forastero que se para un momento admirando su belleza. La luz del sol abandona la ciudad y esta misma laboriosidad continua aun á la escasa luz del crepúsculo, pero cuando la noche cierra del todo, cesan los trabajos y las tiendas permanecen abiertas, aunque por lo genera

oscuras, colocándose á sus puertas las ougeres sentadas con el abandono de personas que necesitan descansar. Esta publicidad de la vida interior dá á las calles el aspecto de patios ó pasadizos interiores, y solo se viene en conocimiento de ser calles públicas al ver atravesar contínuamente, aunque sin estrépito, la multitud de tartanas verdinegras (mueble indispensable en toda casa valenciana). Su silenciosa embestida es tanto menos peligrosa cuanto que un solo caballo suele arrastrar con pena cinco ó seis damas, y aun deja dirigir sus riendas por manos delicadas. Tan fácil es conducir aquel carruage por las calles de Valencia, en donde no hay empedrado en razon del uso aprochado que hacen de la basura los labradores de la huerta, recogiéndola cuidadosamente todos los dias para proporcionar un escelente abono para las tierras, lo cual constituye uno de los productos mas pingües de los propios de Valencia.

La primera pregunta que se dirige en Valencia al forastero es la siguiente: *¿«Ha subido V. al Miquelete?»* y yo que no necesitaba de tanto para desear satisfacer mi curiosidad, me hallaba al siguiente dia desde muy de mañana à la puerta de la catedral, contemplando aquella pesada torre cuya elevacion es igual à su circunferencia, y deseoso de disfrutar el espectáculo que se me ofrecia, subí el gran número de escalones hasta la plataforma que la termina.

Cierto que los valencianos no me habian engañado, y que dificilmente habrá cosa que aun despues de bien ponderada seduzca mas que la vista de Valencia y su huerta mirada desde el Miquelete: es imposible formarse una idea de aquel magnífico jardin de 10 leguas, en cuyas variadas producciones parece haber querido la naturaleza ostentar todo su poder. ¡Qué asombro para el espectador que como yo contemplaba en el rigor de la canícula aquel hermoso cuadro, colorido por toda la frescura y lozanía de abril! Los olivos, las viñas, el maiz, la caña, el plátano, el chirimoyo y otras mil plantas diferentes, ostentando sus varios matices, despliegan à la vista una inmensa alfombra, interrumpida únicamente por los caminos que cruzan en todas direcciones. Sobresale entre las tintas de este inmenso cuadro, el brillante verde de los arrozales que crecen sobre el agua, los frondosos cañamelares, los copudos naranjos y la palmera, orgullo del desierto, y aquí destinada á presidir aquel ameno pensil. Alcánzase à ver por todas partes la actividad del industrioso valenciano que heredó de los árabes la importante ciencia de la agricultura, obligando en su cultivo à aquella benéfica tierra à rendir dobles cosechas al año ó bien simultáneamente de diferentes frutos, como la viña, el olivo, el maiz, la calabaza y el trigo.

El sistema de riego de la huerta de Valencia es tan ingenioso y bien entendido que ha sido propuesto por modelo en sociedades estrangeras, y ocasionado los elogios de los viajeros distinguidos. Este sistema existe en los mismos términos que en tiempo de los árabes, y gracias á él, son de tal modo aprovechadas las aguas del Túria, que cuando pasa por bajo de los suntuosos puentes de Valencia, apenas lleva ya la mitad de su caudal. Para la debida administracion de justicia en el reparto de las aguas, existe desde tiempo inmemorial *el tribunal* llamado *del riego*, institucion verdaderamente patriarcal por su antigüedad y sencillez. Consiste en seis labradores propietarios representando cada uno á su respectivo distrito, y elegido por él, los cuales bajo la presidencia del mas antiguo y con un alguacil, forman el tribunal que se reune y dá audiencia pública todos los jueves à las doce del dia delante del átrio de la iglesia catedral. No es posible prescindir de un movimiento de interés al contemplar aquellos ancianos respetables, en sus propios trages de labradores, y sentados en un banquillo à la puerta del templo, escuchar y decidir verbalmente en su lenguaje limosin las quejas y reclamaciones sobre disfrute y aprovechamiento de las aguas, asesorándose unos con otros, y pronunciando en fin sentencias que se ejecutan sin apelacion. Concluido el tribunal se retiran las mas veces à pie á sus lugares ó alquerias, y jueces y partes vuelven unidos con la franqueza natural de la aldea.

Volviendo al espectáculo de la huerta, contribuye no poco à realzar su animacion y su alegría el inmenso número de habitaciones campestres, pintorescos lugarcillos, barracas y caseríos derramados por todo el contorno. Su abundancia es tal que contemplada desde la altura del Miquelete parecen formar una sola ciudad, ciudad inmensa que termina al pie de las murallas de la antigua Sagunto, ó en las playas del mar y del hermoso lago de la Albufera. Allí, bajo los rústicos techos de las barracas formados de paja de arroz ó de tejas relucientes, ocúltanse tal vez entre un pobre y limpio ajuar aquellas bellezas peregrinas que solo se encuentran en la huerta valenciana. Aquel sencillo traje, aquel elegante peinado prendido con la graciosa aguja de plata y rematado con la peineta dorada en que se ve esculpida la imagen de nuestra Señora de los Desamparados; aquella blancura y delicadeza incomprensible de una tez que sabe resistir á los ardores del sol.

La piedad de los valencianos ha hecho de sus templos ricos monumentos en donde se encuentran notables producciones de las artes y alhajas de inestimable valor. La catedral sobresale entre todos por la profusion en mármoles y bronces, las lámparas y ornamentos de plata, y la riqueza en piedras preciosas. Admíranse en este templo asi como en el crecido número de los que existen en esta ciudad una profusion verdaderamente sorprendente en objetos de bellas artes y señaladamente de pintura, en que lucen su gallardia los pinceles de Juan de Juanes, Rivera, Rivalta y otros ilustres artistas de la escuela valenciana. Esta misma profusion se advierte en las casas grandes y particulares, y para prueba de ella solo citaré un hecho que por lo estraordinario del caso no puede menos de llamar la atencion; y es la coleccion que posee el peluquero Pedro Perez en su casa, sita en la *calle empedrada*. Este hombre verdaderamente singular, en quien se han reunido un gusto y unos conocimientos agenos de su clase, ha llegado á adquirir mas de 600 cuadros, entre los cuales los hay de Ticiano, Wandik, Rubens, Murillo, Velazquez, Rivera, Rivalta y otros eminentes artistas; una coleccion estimable de medallas y otra de antigüedades, tales como vasos, ídolos y piedras preciosas, siendo de admirar no solo que con sus escasas facultades haya podido llegar à ser poseedor de aquellas riquezas, sino tambien el conocimiento y discrecion con que sabe calificarlas y su amabilidad y cortesía con los forasteros que visitan diariamente su casa, entre los cuales se cuentan todos los viajeros célebres que han pasado por Valencia, y que dejaron consignados sus nombres en el *Album* que les presenta el amable peluquero.

Las artes industriales no son tampoco ingratas à la viva imaginacion y la actividad valenciana. Bien conocidas son sus importantes fabricaciones de sedería, de porcelana, de esparto, de fundicion de letras y otros muchos ramos de la industria fabril con que no solo atienden à cubrir sus necesidades, sino que surten en gran parte otras provincias del reino, y mantienen comercio con los paises estrangeros.

Las ciencias y la literatura han sido en todos tiempos cultivadas en Valencia, en términos de producir hombres eminentes que con sus escritos han ilustrado á su pàtria. Los nombres de Mayans, Samper, Masdeu, Cabanilles, Villanueva y otros infinitos, son un testimonio de esta verdad, y las incansables imprentas de Cabrerizo, Salvá, Mallen, Monfort y otros, compiten, y á veces esceden á las de la capital del reino en las bellísimas obras tipográficas que diariamente salen de sus prensas.

Un cielo alegre y despejado, una tierra abundante y

vária, una viveza de imaginacion singular, unida à la riqueza de infinidad de propietarios, comerciantes, artistas y literatos que constituyen la poblacion media de Valencia, hacen muy agradable el género de vida que en ella se disfruta, permitiéndoles una continuacion de placeres desconocidos en general en la mayor parte de España. Los nobles valencianos en cuyo número se cuentan las mayores casas del reino, ya sean vecinos de la ciudad, ya vengan á ella desde la corte por temporada, se entregan con entusiasmo à los usos del pais, y solo se ocupan de disfrutar de su belleza en partidas de campo, cacerías y pesca. Lo mismo sucede respectivamente à las clases media ó inferior, siendo por estremo notable la animacion y la alegria de sus reuniones públicas y privadas. Cualquiera pretesto es oportuno para estas, y hasta las solemnidades religiosas toman aqui un carácter de diversion y de bullicio, que muchas veces contrasta estraordinariamente con la sublimidad de su objeto. Las procesiones de semana Santa y del Corpus, *les milacres* de S. Vicente Ferrer, *las fiestas* llamadas *de calle* en celebridad del Santo cuyo nombre llevan, y otras infinitas ocasiones reproducidas continuamente, ofrecen á la amable juventud valenciana un perpétuo espectáculo, tan animado como extravagante en sus ceremonias y aparato, asi como por la inmensa concurrencia que atrae.

En la estacion en que yo visitaba la ciudad, la ocupacion principal consistia en los baños, à que son tan inclinados los valencianos, que ademas de los de mar que se usan allí generalmente, tiene en el interior de la ciudad casas de ellos, que por su buena disposicion y lujo, puede asegurarse ser las mejores de España, y aun alguna de ellas como la llamada *de Espinosa*, puede compararse à lo mas magnífico de este género en el extranjero. Para los baños de mar hay que pasar *al Grao*, que es el puerto de Valencia, y dista media legua de la ciudad. Siguiendo la orilla del mar y en el mismo punto que concluye la poblacion del Grao, álzase otra no menos importante y pintoresca que tiene por nombre *el Cabañal y el Cañamelar*. Formada por lo regular de las barracas peculiares á este pais, cubiertas con graciosos techos de paja de arroz, sus largas calles tiradas á cordel y adornadas con árboles, ofrecen un aspecto que algunos viajeros han comparado á las poblaciones del Egipto ó á algunas de América. Verdad es que esta sencillez patriarcal va paulatinamente desapareciendo por los elegantes edificios que el lujo de los habitantes de la ciudad sustituye à las barracas primitivas, contàndose ya muchos de estos que pueden pasar por bellísimas quintas ó casinos de recreo, y que en sus columnas y miradores ofrecen un risueño contraste con las barracas vecinas. Pero unas y otras sirven de mansion à la mayor parte de la poblacion de Valencia durante la temporada de los baños, proporcionàndose durante ella una intimidad de relaciones tal que todo el Cabañal parece una sola casa y una sola familia; los baños, los paseos, las comidas y meriendas, los conciertos y bailes improvisados son alli la única ocupacion, y como es de presumirse, el amor no tiene motivos de quejarse de un sistema tal de vida. Muchas causas, en efecto, desesperadas en los salones de Valencia, encontraron consuelo bajo los pintados techos del Cabañal, y el ruido de las olas que lamen el pie de sus casas, y la hermosa luna de Valencia que platea sus miradores, ejercieron mayor influencia en el corazon de alguna hermosa que las frases de la elocuencia y el lenguaje estudiado de la ciudad.

Pero no toda la poblacion puede permanecer en el Cabañal; una gran parte se contenta con ir muy de mañana ó al anochecer á tomar el baño y volverse á la ciudad, y de aqui la prolongacion del movimiento y bullicio por todo el frondoso camino que conduce de Valencia al Grao, que à todas horas se mira cubierto de un sinnúmero de carruajes que traen y llevan á los bañadores.

El dia de fiesta regresan por lo general á la ciudad, para asistir al paseo de *la Alameda*, en el cual por estension y magnificencia, por el número de concurrentes y por el lujo en coches y atabíos, no echa nada de menos el brillante Prado de Madrid. De allí se trasladan al otro paseo de *la Glorieta*, delicioso jardin que cuenta aun pocos años de fecha; y van á concluir la noche en el hermoso teatro nuevo, que es sin disputa el primero de España en estension y comodidad. En él se representan alternativamente funciones de verso y de canto; pero la moda dà la preferencia á la ópera italiana establecida recientemente con pompa y aparato singulares en una capital de provincia, y que se halla desempeñada por artistas distinguidos.

Una ciudad tan civilizada y que reune tantos encantos, un pueblo cuya actividad y la riqueza de su suelo produce à todas las clases medios suficientes para satisfacer sus necesidades, un clima blando y apacible que favorece la dulzura del carácter provincial, presenta sin embargo un contraste marcado en el crecido número de desgracias que suelen originarse del robo y las venganzas particulares, y que hacen peligrosas sus calles, especialmente de noche. Sin embargo el cuidado de las autoridades ha disminuido en parte este peligro, estableciendo un alumbrado regular y una compañía de *serenos* ó vigilantes, institucion importantísima de que dió el ejemplo esta ciudad, y que despues fue seguido por las principales del reino. Aun es mayor la probabilidad del peligro en los alrededores de Valencia, en ese delicioso *Edén* donde parece debian alvergarse las costumbres del siglo de oro. A cada paso el viagero se ve obligado á interrumpir las gratas sensaciones que le inspira aquella fértil comarca por el temor que le ocasionan las cruces que marcan los sitios de horrendos asesinatos, ó por la narracion de los propietarios de Valencia, que huyen de permanecer de noche en sus deliciosas campiñas desconfiando de los mismos á quienes dan el sustento. ¡ Funesta anomalía que solo puede esplicarse por la insuficiencia de las leyes, y la falta de una educacion estendida en las clases ínfimas de la sociedad !

M.

BARCOS DE VAPOR.

Tres grandes descubrimientos hay debidos à la casualidad, y cuyos resultados han ejercido mayor influencia sobre la suerte del hombre, que las revoluciones del globo, y que el tra torno de los imperios que solo cayeron para ceder su lugar à otros imperios nuevos. Estos tres descubrimientos son *la imprenta*, *la brújula y el vapor*.

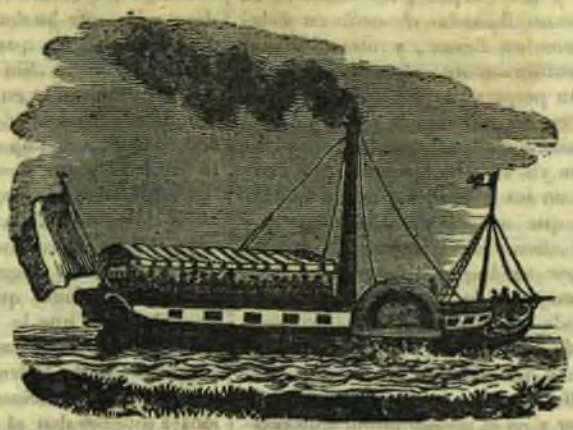
La primera estableció repentinamente un órgano de comunicacion entre todas las inteligencias; en adelante no se perderà ninguna idea, ningun proyecto de industria caerà en el olvido, ningun suceso se borrará de la memoria de los hombres; para transmitir á los siglos venideros una idea, un proyecto, un acontecimiento, no es ya necesario elevar inmensos monumentos, emplear años enteros en acumular piedra sobre piedra: basta con escribir una palabra en un cuaderno, y esta palabra multiplicándose hasta lo infinito pasarà mas segura à la posteridad que un edificio que el tiempo puede destruir.

El segundo de estos descubrimientos, la brújula, ha cambiado la naturaleza del Océano; á ella debemos el que la mar en vez de separar á los hombres sirva para reunirlos; donde quiera que hay agua existe de hecho la comunicacion. Ya no tenemos que entregarnos al capricho de los vientos ó á la incertidumbre de las conjeturas; no nos vemos reducidos como los primeros nàuticos á limitar la navegacion à lo largo de nuestras costas; ahora pode-

mos aventurarnos atrevidamente en mares desconocidos bajo la seguridad de poder marcar de fijo el punto en que nos hallamos.

El tercer descubrimiento, que nada cede à los anteriores por la importancia de los resultados, es el vapor. Con esta nueva fuerza, que por su naturaleza à todo es aplicable, un hombre solo puede mover máquinas inmensas para las cuales apenas hubiese bastado el esfuerzo de quinientos caballos, si acaso se hubiese podido imaginar un aparato capaz de concentrar las fuerzas de un número tan crecido de animales. Ya no es necesario ocuparse en la construccion de grandes diques, ni hacer retroceder á fuerza de dispendios el curso de los rios á fin de que su corriente ponga en movimiento las ruedas de los molinos, de las máquinas; con un aparato que diariamente se va simplificando, y un poco de lumbre tenemos suficiente. La invencion de las máquinas que regulan la fuerza del vapor ha ocasionado una especie de revolucion en todas las industrias, y el precio de los objetos de primera necesidad ha esperimentado tal baja que las clases menesterosas pueden disfrutar hoy cuasi en abundancia de aquellas cosas que poco ha estaban esclusivamente destinadas á los ricos.

El descubrimiento de la fuerza del vapor y de los medios de sacar un partido tan ventajoso para las artes mecànicas, ha sido para la humanidad en estremo benéfico, pero sin embargo no ha dejado à veces de ofrecer grandes riesgos. No siempre se han calculado con exactitud las fuerzas, y ha sucedido que no encontrando el vapor suficiente resistencia, ha hecho esplosion rompiendo la caldera y arrojando á larga distancia sus azorosos restos. A pesar de este peligro no se teme hacer entrar las máquinas de vapor en la construccion de las embarcaciones, y reemplazar las velas por inmensas ruedas que batiendo fuertemente el agua, hacen mover la nave contra los vientos y las corrientes.



La idea de la aplicacion del vapor à las embarcaciones es muy antigua; su perfeccion y aplicaciones es lo que únicamente pertenece á nuestra época.

En 1543 un capitan español hizo bajo el imperio de Carlos V un ensayo de navegacion por medio del vapor, pero solo pudo conseguir la velocidad de una legua en cada hora.

En 1775 Mr. Perrier construyó en Paris un barco de vapor, pero no fue mas feliz en el suceso.

En 1778, el marqués de Jouffroy hizo nuevos ensayos en Baume-les-Dames, tres meses despues estableció en el Seua un barco de vapor de 90 pies; pero tuvo pocos imitadores.

En 1791 Mr. Milles hizo mas felices ensayos en Inglaterra; Lord Stanhope, Symington tambien los hicieron en 1795 y 1801; pero sin obtener un resultado completamente satisfactorio, y sobre todo que inspirase confianza.

En 1803 el americano *Fulton* construyó en Paris un barco de vapor que marchaba medianamente; pero desanimado por el gobierno regresó á su patria Nueva-York, donde en 1807 construyó un barco de vapor, el primero que hizo un servicio regular y durable transportando personas y mercancías. Aun cuando él, como queda espresado, no haya sido el inventor, esta circunstancia inmortalizara su nombre.

Apenas los indicados ensayos produjeron felices resultados, este nuevo sistema obtuvo un desarrollo considerable. Todas las potencias marítimas se apresuraron à adoptarle. Primeramente establecieron sus barcos de vapor en los rios y lagos, poco despues se vieron algunos paquebotes atravesando brazos de mar, y casi inmediatamente los navios se arrojaron en medio del Oceano despreciando las tempestades, marchando contra los vientos, avanzando contra las mareas, burlándose de la calma, y llegando à hora marcada al punto de su destino.

La marina militar tiene tambien sus barcos de vapor y los americanos proclaman con orgullo haber sido los primeros en construir una fragata de vapor de 120 cañones. Es de esperar que à medida que la construccion de las máquinas se perfeccione se irà abandonando el sistema de las velas. El comercio ganará sin duda, pero la humanidad perderá, porque las guerras marítimas serán mas mortíferas. Las flotas podrán aproximarse y combatir en todo tiempo, porque entonces no se verán detenidas ni por las calmas ni por las tempestades. La Inglaterra perderá una parte de su ascendiente, porque el Oceano no es ya para ella una barrera inespugnable; y si Napoleon hubiese tenido cincuenta barcos de vapor, es probable que hubiese llegado à conquistarla.

EL LEON.

El desierto es el asilo de la mas ilimitada libertad; es la patria del fuerte y cada cual le disfruta segun lo ancho de su boca, lo enérgico de su garra. El hombre aun no ha hecho reconocer en él sus leyes; allí no se ha opuesto la inteligencia à la fuerza; la voluntad al instinto; la razon à la costumbre. El hombre mismo es allí una fiera; lucha y á veces triunfa, pero no reina; aun no ha llegado á conquistar. Los vientos desencadenados en aquellas vastas llanuras aun no han aprendido à poner en movimiento nuestras máquinas, à hacer girar las ruedas de nuestros molinos: su ejercicio allí es arrastrar montañas de arena, destrozar unas contra otras las ondosas copas de los árboles, que sofocándose acinados en los bosques, dejan desprovistas de sombra, de humedad, de tierra vegetal y de vida llanuras inmensas improductivas

desde el diluvio, océanos de polvo y de menuda arena. Allí los rios no hacen dar vuelta la estrepitosa rueda, ni levantan los pesados mazos. El ardiente estío consume todas las aguas con su aliento secador. El invierno alza sus márgenes *convirtiéndolas en terribles cataratas*; ya borrascosas ó ya tranquilas, apagan la sed del hombre, de la gacela, y del leon, con una onda turbia ó cristalina, segun place á las estaciones ó á las tempestades. Los animales de aquellas incultas comarcas no doblan su cerviz al yugo, no prestan su boca al freno; los rebaños no entregan sus ubres á la zagala, sus bellones al pastor. El tigre elije su presa entre los antilopes; el leon diezma los cuagas, los *búfalos*, las *zebras*, pero á todas las carnes prefiere la del hotentote; su manjar predilecto es el hombre.

En las llanuras del Africa meridional es donde el leon se manifiesta en todo su vigor y magestuosa belleza. Reclinado en lo espeso de un soto y adormecidos sus párpados con el calor del dia, se levanta repentinamente; el sol desciende ya, el rey de las tinieblas, el animal terrible, siente el penetrante rocío de las noches del Africa; aplomando su robusto y musculoso cuerpo sobre las enormes patas, abre sus ojos circulares; su ancha pupila se dilata; las puntas de los cabellos que guarecen sus móbiles lábios se erizan; sacude su descuidada crin; tiene hambre. Encorba su espantosa cabeza, ruge contra la tierra, y toda criatura viviente se estremece. Los Cáfres, los Bet-Juans toman las armas, cargan los fusiles; los Boschimenes huyen; los Hotentotes buscan temblando á través de la yerva y de la arena alguna huella, algun *spur* como ellos dicen, que los revele si el leon ha pasado cerca de ellos, cuando pasó y adonde se dirige. Con el oido inmediato al suelo dudan si ha sido un lejano rugido ó algun temblor de tierra. Los inmensos rebaños de animales montaraces que pasan agrupados, hacen resonar sus espantosos *balidos*; *braman*, *mugen*, *relinchan*, *berrean* y huyen por todas partes asustados, presentando al leon una presa fácil de adquirir. Los anchos cuernos que en forma de diadema y mas duros que el guijarro, arman la cabeza del búfalo, sus fibras semejantes á los haces de cables, su piel gruesa como la del rinoceronte, no bastarán á defenderle. El leon oculto tras una breña, se arroja sobre él, introduce sus uñas en el cuello de su impotente adversario, coloca la otra garra sobre el hocico, le hace encorbar la cabeza, y obliga á su víctima á socabar en vano la arena con sus astas, hasta que habiendo perdido toda su sangre, espira debajo de él. El leon puede muy bien llevar sobre sí aquella enorme pieza, su pata de cinco garras es capaz de hacer astillas el cráneo de un caballo. La viveza, la altura, y la fuerza de la girafa, no la libran tampoco del leon. Salta sobre ella cuando viene á beber á los pantanos, y se deja llevar encima algunas leguas á traves del desierto, hasta que el bruto colosal que le conduce cae desfallecido.

Antiguamente los leones seguian hasta *el Cabo* á los cuagas, especie de zebras que á bandadas de dos á trescientas, emigran al sur todos los años buscando un invierno aun mas templado que el de los trópicos; pero desde que los holandeses en 1652 se establecieron en número de ciento sobre la parte meridional de la montaña de la Tabla, desde que los ingleses en 1795 se apoderaron de aquel camino de la India, y estendieron á lo interior la colonia y la civilizacion, los animales feroces retrocedieron, se hicieron mas tímidos, y aprendieron á temblar á la presencia del hombre: ellos saben que posee un tubo de donde sale el rayo; el ruido de las armas de fuego basta para separarlos del campo de los viajeros, y ya casi han olvidado el gusto de la carne de los salvages. Para examinar al leon en su original audácia es preciso buscarle en las relaciones de los antiguos viageros. He aqui lo que contaba en 1705 Jos. Sterreberg Kupt, magistrado de la ciudad del Cabo, en el diario del viage que hizo á lo interior del pais para proporcionar vacas jóvenes á la compañía holandesa de las Indias Orientales.

»Habiendo llegado nuestros carros, despues del rodeo que se habian visto en la precision de hacer, se levantó la tienda á un tiro de fusil del campamento. Todo estaba ya en orden, y nos retiramos á dormir; pero no tardó en turbarse nuestro descanso. Hácia la media noche el ganado y las caballerías que se habian colocado entre la *carretería*, *empezaron á retirarse*, *á saltar*, *á correr espantados*, y uno de los conductores disparó su arma; al oir esto, todos se precipitaron armados fuera de la tienda: á treinta pasos de nosotros se hallaba un leon que al vernos marchaba con lentitud y resolucion, y se retiró hasta otros treinta pasos, colocándose detras de un espinoso arbusto, y llevando sobre sí un bulto que creimos fuese alguna ternera. Mas de sesenta tiros se dispararon sobre el soto, que se traspasó de parte á parte sin que se percibiese ni el mas pequeño movimiento. El viento sud-este soplaba fuertemente; el Cielo estaba claro, la luna brillaba de forma que se veia muy bien á cierta distancia. Despues de haber contado y reunido el ganado, despues de haberlo visitado todo, observé que faltaba el centinela de delante de la tienda, Jou Smiht de Anveres perteneciente al *Groene Kloof*: le llamamos con toda nuestra fuerza pero en vano, nadie respondia, é inferimos que el leon nos habia arrebatado un hombre. Tres ó cuatro de los nuestros se adelantaron con precaucion hácia el soto que estaba en frente de la puerta de la tienda á ver si podian descubrir alguna cosa, pero retrocedieron fugitivos; el leon se dirigia rugiendo hacia ellos. En su fuga encontraron el fusil preparado y el sombrero del *centinela*.

»Se dispararon hasta un centenar mas de tiros sobre

al soto que solo distaba sesenta pasos de la tienda y treinta cuando mas del campamento, y en el cual se podia distinguir como en un blanco, sin verse nada del leon; era de creer que habia huido ó que le habíamos muerto. Bajo este supuesto, San Stamans, nuestro mas diestro tirador, con su arma en una mano y una tea encendida en la otra, fue à ver si la fiera se hallaba allí viva ó muerta. Conforme se acercaba al soto, el leon dió un horroroso rujido y se lanzó à él; el hombre le arrojó su tea, y habiendo disparado los demas hasta unos diez tiros, se retiró el animal á su primera guarida.

»La tea, que cayó en medio del soto y el viento seco y cálido que reinaba, hicieron arder los arbustos con tal rapidez y violencia, que podiamos distinguir los objetos del bosquecillo y disparar sobre ellos. De este modo se pasó la noche y empezó á rayar el dia. Veíamos al leon con tanto mas ardor cuanto que no podia salir de su asilo sin quedar à descubierto de nuestros tiros, pues el soto se hallaba al pie de una roca escarpada y descubierta. Siete hombres atrincherados sobre las carretas mas avanzadas espiaban sus movimientos con las armas preparadas.

»Por fin antes que acabase de amanecer el leon trepaba la colina arrastrando el cadáver pendiente de su boca. Cincuenta tiros salieron á la vez y ninguno le acertó, aunque algunos dispararon de muy cerca. A cada descarga el animal volvia la cabeza hácia la tienda, se dirigia rugiendo hácia nosotros, y estoy seguro que si una bala le hubiera tocado, se hubiese arrojado en medio de los nuestros.

»A la luz del dia pudimos descubrir los rastros de sangre y un trozo de casaca, que no nos dejaron dudar de que nuestro desgraciado compañero habia sido arrebatado por la fiera. Detras del soto encontraron tambien el sitio en que el leon le habia destrozado, y parecia imposible que alguno de los tiros no le hubiese alcanzado por las muchas balas que en el mismo sitio se veian aplastadas. La conclusion natural era que el animal se hallaba herido y no podia estar á mucha distancia. Todos querian ir en busca del cadáver de la víctima para darle sepultura, suponiendo que la fiera no habia tenido lugar para deborarle. Concedí à algunos el permiso que pedian bajo la espresa condicion de que se hiciesen acompañar por una buena escolta de hotentotes bien armados, que serian prudentes y no se espondrian. Siete de ellos marcharon acompañados de cuarenta y tres hotentotes, y siguiendo las huellas encontraron al leon à media legua de aquel sitio, acostado detras de un jaral: al grito de los hotentotes salta y huye perseguido de todos. Finalmente se vuelve y con un espantoso rugido y un salto prodigioso, se arrojó en medio de sus enemigos. Cansados estos y sin aliento por lo que habian corrido, hacen fuego y no aciertan á la fiera: entonces fue cuando el gefe de la horda (del Kraal) hizo una heróica accion por socorrer á dos de los suyos que se veian acometidos por el leon. El fusil de uno de ellos no habia dado fuego, el otro habia errado el golpe, el capitan entonces se lanza entre los dos hotentotes y el leon, recoge las garras de la fiera entre su capa que arroja al suelo, y hiere con su azagaya al leon à quien la multitud de dardos que llevaba clavados le hacian asemejarse à un puerco-espin; pero esto no le impidió huir de nuevo, dando saltos y mordiendo las armas de que estaba penetrado; hasta que por fin San Stamans hizo una puntería tan exacta al ojo del animal que le derribó en tierra, y nuestras gentes concluyeron con él. Era un leon de una talla colosal, que poco tiempo antes habia devorado à un hotentote de la misma horda de Kraal.»

En el Asia entre la India y la Persia, y en el Africa es donde aun se encuentra al leon libre. El *Puma*, leon de América mas pequeño, y sin crinera ni copete de pelo negro al estremo de la cola, que huye del hombre, que se asusta, que trepa á los arbóles, no es el mismo animal magestuoso; y pareceria mas bien á un leopardo sin matices en la piel Objetos solos de curiosidad en nuestra Europa, las bestias feroces recorren aprisionadas las poblaciones y ocupan las casas de fieras.

Los sabios, que analizan las formas, miden las dimensiones y señalan los puestos en la prolongada escala de los seres, nos dicen que el leon es de la primera clase de los animales, la de los *mamíferos* cuyas hembras pueden nutrir con su leche á sus hijuelos; de la sub-clase de los *ongiculados* cuyas patas tienen dedos distintos armados con cortantes uñas; de la familia de los *digitigeados* que caminan sobre sus dedos, tienen muy corto el tubo digestivo y el vientre prolongado. Como animal carnívoro adornan sus encías tres clases de dientes, seis incisivos enmedio de dos caninos, y à cada lado tres molares con puntas cortantes. En fin afirman que el leon es de la familia del *gato*, su faz redonda, su lengua àspera como una lima cuyas puntas inclinadas hàcia el interior sirven al animal para despedazar las carnes que lame pero nunca mastica, y que destroza con sus uñas Los viageros relacionan las costumbres del leon; los han viste de mas de tres pies de alto por seis de largo desde el estremo del morro hasta el nacimiento de la cola; dicen que su vista penetra las tinieblas, que no tiene apenas olfato; hablan del terror que inspira; su paso no hace ningun ruido, sus largos y erizados vigotes le miden el espacio por donde puede introducirse à través de las espesas malezas sin agitar el ramage y prevenir á su presa; su sueño es pesado, su marcha magestuosa; no corre, pero avanza á saltos terribles ó con paso lento; ha demostrado una memoria generosa en algunas ocasiones, pero no tantas como se complace en contar la poesía.

He aqui lo que dicen del leon: pero cuando se le oye rugir detràs de los fuertes enrejados, en la oscura jaula *del Retiro*; cuando se le vé multiplicar sus cortos y numerosos pasos como para agrandar aquel reducido recinto; cuando se le vé estremecer su cuerpo en la cautividad, aquellos músculos robustos y flexibles, pudiera preguntarse ¿por qué en vez de oprimir aquella fuerza no se le emplea? Hubo un tiempo en que el toro era tan montaraz como lo es hoy el bisonte, el caballo como el ciervo; y el perro semejante al lobo devoraba el carnero que hoy defiende. ¿Por qué se ha detenido el hombre en la civilizacion de los animales? ¿Por qué se ha contentado con clasificar el leon y describirle? No ofrecia tambien un súbdito que someter, una fuerza que emplear, una conquista que hacer?

RASGO ROMANTICO.

Habràn VV. visto en las inmediaciones de la puerta de Atocha un edificio lúgubre y gigantesco con su entrada de taberna, que debiera titularse *el ataud de los pobres*, y á quien las gentes (no sé por que), han dado en llamar *hospital general*. Pues en este recinto donde tantos comen y tantos otros ayunan, hay cierta sala cuyo patrono es un santo, sin duda para administrar à los enfermos la medicina mas necesaria que es la paciencia, y entre las varias camas esparcidas en ella, la señalada con el número 17 estuvo ocupada no hace mucho tiempo, por un joven tan enjuto de carnes que pudiera servir de trasparente en una vidriera gótica. Sobrevínole à este infeliz su estenuacion de un arraigado capricho de no comer, capricho que traia su orígen de una arraigadísima lectura de monstruosas novelas y furibundos dramas, la cual de tal suerte le disipó el cerebro, que ni el héroe de la Mancha tuvo jamàs tan desalquilados como el los aposentos del suyo. Paseàbase à menudo su imaginacion por largas y fúnebres galerías de fantasmas ensangrentadas, llegando hasta el estremo de creerse él mismo un criminal perseguido de continuo por una sombra amenazadora; y preocupado de esta idea se obstinaba en no tomar alimento y en correr dia y

noche de arriba á bajo con estraordinaria agitacion envuelto en su negra sabana de angeo. Estas breves indicaciones bastan por si solas para entender el siguiente dialogo que con él tuvo cierto dia un piadoso agonizante reclinado á la cabecera de su lecho.—¡Hermano, hermano: abrid esos ojos, echad una mirada á este divino crucifijo y pensad en la eternidad.—¡Ay! esclamó el enfermo lanzando del pecho un doloroso suspiro, la eternidad...!! ese nombre me estremece. Padre mio, añadió despues incorporàndose sobresaltado, ¿le habeis visto? ¿habeis visto esa sombra sangrienta, ese fantasma que volaba alrededor de mi cabeza en este momento? ¿qué os ha dicho de mi? ¿me nombró su asesino? no le creais,.. .. yo fui solo el cómplice, os lo juro..... pero un cómplice barbaro que merece bien los eternos suplicios del remordimiento: y dejóse caer desfallecido sobre la almohada.—Hijo mio, esclamó con ternura el agonizante; abreme tu corazon: deja que toque las úlceras que en él han hecho tus pecados para que pueda derramar en ellas el bálsamo de la divina gracia —¡Imposible, imposible; esclamó con estraordinaria agitacion el mancebo: este secreto morirá conmigo: la vergüenza de confesarle seria el mayor de mis tormentos.—¡Desdichado! ¿y es para tí de mayor peso una vergüenza pasagera que los eternos suplicios de la otra vida?—Escuchad, padre mio, dijo el paciente apretando la mano del religioso y mirándole con ojos desencajados ¿pensais que esa funesta sombra me perseguirá hasta el lugar de las tinieblas? ¿pensais que en el infierno he de ver todavia ese espectro horrible cuyas garras sangrientas me amenazan de contínuo?—Sí, hasta allí te perseguirá la justicia del Señor con ese tremendo castigo, si no confiesas tu culpa.—Pues entonces.... y quedó un momento pensativo; pues entonces voy á confesaros mi pecado. Pero es tan espantoso, tan atroz ... ¡ah! yo no puedo, yo no puedo. Dejadme si teneis compasion.—Estas palabras dichas con el acento de un sincero arrepentimiento hicieron titubear al padre, à pesar de que estaba prevenido por los practicantes sobre la causa de aquella enfermedad, y asi agarrándole cariñosamente de un brazo le dijo con gravedad y dulzura.—Alfredo (juzgo que asi te llamas) ¿tú has cometido un asesinato, no es verdad?—No, no: yo he sido solo el cómplice, ya os lo he dicho.—Pero habrás sido provocado por tu contrario. Alguna causa justa en la apariencia.....—¿Qué decis? mi contrario era inocente: jamás tuvo intencion de ofenderme, y ese es el torcedor de mi vida.—Pues entonces qué podemos inferir? que algun acaloramiento acaso.... que el licor de algun banquete...'—Sí, en un banquete, en un horrible banquete fueron servidos sus miembros.—¡Qué horror!.... ¡miserable!..... ¿y aun respiras la luz del dia?—Sí, estremecéos: yo soy un mónstruo abominable que debo inspiraros asco y horror. Pero oid lo que sigue: ya apuré lo mas amargo de la copa ¿qué me importa confesaros el resto? Un falso amigo me sedujo: él se encargó de la ejecucion y preparó el cuchillo para inmolar su víctima. Marchóse; entró triunfante despues en la pieza del festin; sirvióme en un plato los mortales despojos, y entonces yo con sonrisa infernal complaciéndome en mi delito; entonces yo, fija la inmoble vista en el humeante manjar, cerré los oidos á la piedad.... y devoré hasta los huesos.—¡Maldicion! maldicion! esclamó petrificado el agonizante. Mónstruo abominable! quien era ese infeliz ¿quién era tu víctima?....—Hizo un esfuerzo para hablar el delincuente Alfredo y respondió con desmayada voz.—¡Un pavo!...

No pudo reprimir la risa el religioso al escuchar esta patética esclamacion, compadeciendo al mismo tiempo la demencia del jóven, y como era hombre de algun ingenio discurrió el medio de hacerle comer, única medicina que necesitaba. Tomó para esto un tono solemne y magestuoso y le habló en estos términos.—Las puertas del Cielo están cerradas para los réprobos. Las del mundo aun se hallan abiertas para tí. Goza, miserable, goza siquiera los placeres de la tierra como el reptil asqueroso que se alimenta del cieno, y no desaproveches los años que te restan de vida, porque te hago saber que tu muerte será eterna y tus suplicios interminables. Un medio hay de que destruyas esa carcoma roedora de la conciencia; un medio solo, y desdichado de tí si te obstinas en desecharle.—¿Decís que hay un medio de tranquilizar mi espíritu, padre mio?—Sí, voy á mostrártele, aunque hable contra mi religion y mi conciencia; porque tu alma es ya presa del diablo, y solo el lenguaje del diablo puede penetrar en ella.—¿Has leido el Han de Islandia y demas novelas de la moderna escuela?—Todo lo he leido, todo; y à veces, es tal mi suplicio que se me presenta en sueños acompañando a la sombra que me persigue, la terrible sombra de *Ingolfo* el esterminador.—Pues bien: ya ves que el descendiente de ese islandés era un caribe que bebia á todo pasto la sangre de los hombres y el agua de los mares. Acuérdate que pendia de su cintura un hacha de piedra, con la cual arrancaba los cráneos humanos, los pelaba y trinchaba en sus ratos de placer. Acuérdate que su mision en la tierra era la del lobo, su naturaleza la del tigre, su sociedad la del oso: que no dejó de existir hasta que perdió el apetito à los cadáveres, y que fue devorado por la muerte cuando cesó de devorar. Pues este hombre vivió tranquilo. Y si miras á toda la raza humana por el lente con que la observan los grandes innovadores del siglo, verás que premia con laureles al que tiene la suerte de soñar mas delitos, y que á favor de una sábia ilustracion ha llegado á familiarizarse con los venenos, los puñales, las hogueras y todos los multiplicados tormentos de la venganza y tiranía. He aqui el consuelo que te resta: *hazte romántico*. Si destrozaste los miembros de un inocente pavo, ahoga en tu pecho los remordimientos y cébate en la sangre de otros veinte. ¡Ojalà pudiese yo practicar todos los dias el consejo que te doy! Llegará un tiempo, no lo dudes, en que repleto de carne cambiarás de naturaleza, y mirando con desden à los rancios clásicos que vegetan en sus preocupaciones les diràs con una altivez de tigre: soy superior á vosotros: ya pertenezco à las fieras.

Este breve discurso causó tal impresion en el ànimo del jóven, que entusiasmado y fuera de sí comenzó á gritar. ¡Carne, carne! ¡sangre, sangre! ¡yo quiero ser caribe! ¡yo quiero ser romántico!..... y sus ojos brillaban en aquel rostro de cadáver como dos ascuas encendidas en medio de la ceniza.

Llegó la noche y sus caritativos parientes aprovechando aquella disposicion favorable, le prepararon un caliente refrigerio con los mortales despojos de un sazonado capon; pero la *fatalidad*, ese destino inexorable que precipita la araña sobre la mosca y la losa sepulcral sobre la cabeza del desdichado; impidió que tuviese efecto el remedio por el estraño camino que en dos palabras describiré.

Junto à la mesa donde humeaba el odorífero cadàver del capon, esto es, la mosca, habia tendido su tela un hambriento convaleciente, el cual presenció la demencia del jóven y los sermones del religioso discurriendo allá en su interior los medios de apoderarse de la víctima. Conquistarla por asalto era arriesgado: hincarla las uñas por sorpresa, muy difícil; y por otra parte abandonarla así à discrecion de un asesino y mas cuando exhalaba un olorcillo tan seductor.... Se resolvió por fin á acudir à la astucia. Cuando vió que la mano de Alfredo empuñaba el tenedor disponiéndose á consumar el sacrificio, acurrucóse callandito bajo la colgadura del mantel, arrojó del pecho un suspiro tan lastimero como si saliese de una tumba, y con voz lánguida y sepulcral esclamó.—¡Asesino.... ¡asesino!.... mi sombra te perseguirá eternamente y tu sangre será vertida en la copa de un antropófago.—Levantóse despavorido Alfredo: quiso huir, pero sintió que le tiraban de los pies. Lanzó un grito, dió una violenta sacudida y se cayó la mesa, á cuyo estrépito acudieron los

practicantes y varios enfermos de la sala; mas como reinase la mas perfecta oscuridad en aquel sitio por haberse roto en la comun ruina la única bujía del banquete, solo pudieron percibir en un rincon la temblona voz del delincuente que decia; «Huye, apártate de aqui. Yo juro por el alma de Ingolfo que me alimentaré de vegetales» mientras tanto que un perro (despues se supo que era un hombre) roía y masticaba en el suelo varios huesos y cortezas.

El desventurado mancebo desocupó al inmediato dia la cama número 17, y fué à sentar plaza en la sala de los dementes, donde me han asegurado que murió el infeliz, luchando siempre entre su vocacion de romàntico y el terror pànico que le inspiraba de contínuo *la sombra de un pavo.* *Clemente Diaz.*

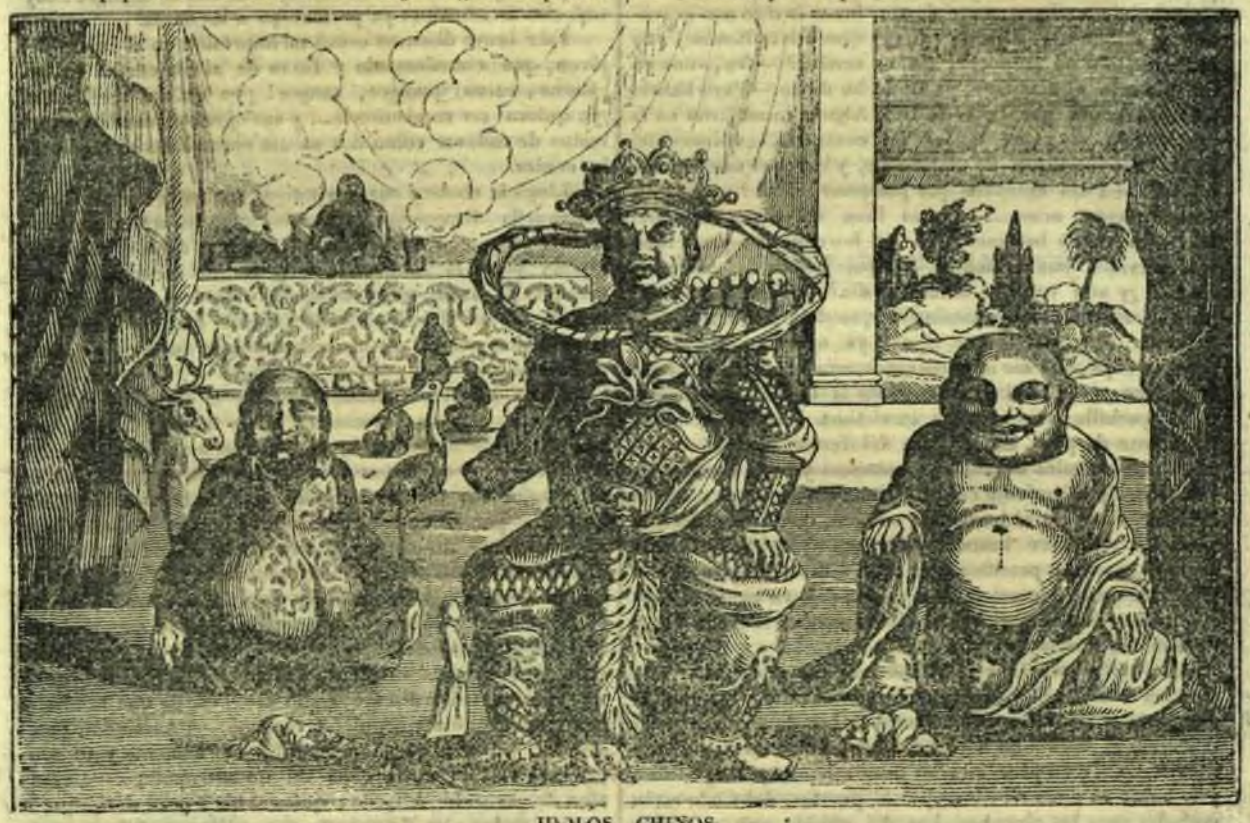
IDOLOS CHINOS.

Pocos pueblos hay tan entregados à las prácticas supersticiosas como los chinos. A cada paso se encuéntran ídolos en los templos y en las habitaciones; cada casa tiene como las de los antiguos griegos su divinidad protectora. Hasta en las embarcaciones se coloca un ídolo en el castillo de popa como lugar preferente. Seria un sacrílego el que allí osase sentarse, y sin embargo sucede entre los chinos, reunirse en sus *pagodas*, refrescar en ellas y fumar su pipa.

Los adornos del ídolo son proporcionados á los medios del capitan. Diariamente se coloca ante el altar una ofrenda compuesta de carnes y frutas, y se queman perfumes. A mas de este servicio ordinario el capitan ofrece solemnes sacrificios, ya cuando pasa de una á otra rivera, ya cuando amenaza tempestad ó cuando la calma detiene la marcha de su nave. Coloca sobre la cubierta platos de carnes y otros varios manjares, y quema perfumes en torno de ellos. Póstrase por tres veces en tierra, y en seguida pone fuego à una infinidad de cohetes para que su ruido despierte à la divinidad si està dormida; quema asimismo papeles cubiertos con una hoja delgada de plata ó de estaño, y concluidos de quemar, se inclina de nuevo y termina su sacrificio arrojando al agua algunos granos de sal y una corta porcion de la salsa de los manjares ofrecidos à la divinidad. Durante la ceremonia, toda la tripulacion se mantiene en silencio detras del capitan, y concluida se sirven á la mesa de este el resto de los manjares.

Los ídolos que representa el grabado estàn copiados de un gran dibujo hecho en el siglo XVII. El de la derecha tiene 20 pies de elevacion, y representa *la inmortalidad.* El de la izquierda tiene la misma altura. La protuberancia del abdomen, las arrugas de la barba, y la espresion jovial de su semblante indican el *dios del placer.* El ídolo colocado en medio, adornado con vestiduras estravagantemente suntuosas, representa el gran *King-Kong.* En los dias festivos arde á sus pies el incienso en vasos de bronce. Lord *Macartney* vió ídolos con corta diferencia semejantes en 1795 en la provincia de *Kang-Tong*, en un templo situado sobre lo alto de una roca. Vió asimismo estàtuas que representaban la fecundidad, la melancolía, la voluptuosidad, etc. Generalmente los chinos aprovechándose de la libertad de cultos, personifican todos los carácteres, todas las pasiones. El culto de FO HI, que es el que particularmente se practica en toda la estension del imperio, tiene por base la inmortalidad del alma y el principio de la metempsicosis. Los que durante su vida han cometido faltas, pasaràn despues de su muerte à los cuerpos de animales inmundos hasta su purificacion. Pero el sistema de los LAO TSEOS ó discípulos de *Lao Kiou*, está mas en armonia con el espíritu de los chinos. Este filósofo que vivia 606 años antes de la era cristiana, enseñaba que la felicidad de la vida era la primera necesidad del hombre, y recomendaba una indiferencia absoluta en los sucesos prósperos y adversos. Segun su parecer, ni habia que reflexionar sobre lo pasado, ni inquietarse por el porvenir, lo mas acertado era gozar de los rápidos momentos de la vida.

Esta doctrina se asemeja bastante á la que vulgarmente se atribuye á Epicuro.



IDOLOS CHINOS.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1842.